

los Colonna en la obediencia. Del resto de sus tropas hizo dos divisiones, una de las cuales, obedeciendo las órdenes de su hijo Fernando, debía recorrer la Romaña, a fin de obligar a los pequeños príncipes a levantar y entregarle el contingente que le habían prometido, mientras él, al frente de la otra, defendía los desfiladeros de los Abruzzos.

En la madrugada del día 23 de abril, Alejandro VI se vió libre del primero y el más ardiente de sus enemigos: Julián de la Rovère, comprendiendo que le era imposible sostenerse por más tiempo contra las tropas de Alfonso, decidió embarcarse a bordo de un bergantín que lo condujo a Savona.

Desde esa fecha empezó Virgilio aquella famosa guerra de partidarios que convirtió la hermosa campiña romana en el más poético desierto que existe en el mundo entero.

El rey de Francia se hallaba en Lyon no sólo dudando respecto al camino que debía tomar para introducirse en Italia, sino que comenzaba a reflexionar sobre las probabilidades azarosas de semejante expedición. Exceptuando al duque de Milán, en ningún otro había encontrado simpatía: de modo que creyó que se vería obligado a combatir, no solamente contra el reino de Nápoles, sino contra Italia entera. Los preparativos de guerra le habían agotado todo el dinero de que podía disponer; la señora de Beaujeu y el duque de Borbón, reprobaban resueltamente su empresa. Briçonnet, a pesar de haberla aconsejado, no se atrevía ya a sostenerla; finalmente, cuando Carlos VIII, más irresoluto que nunca, había dado ya contraórdenes a varios cuerpos de tropas que se habían puesto en movimiento, el cardenal Julián de la Rovère, arrojado de Italia por el papa, hizo su entrada en Lyon presentándose ante el rey.

El cardenal acudía, lleno de odio y de esperanza, cuando encontró a Carlos VIII disponiéndose a abandonar el proyecto, proyecto en el cual el enemigo del papa cifraba sus deseos de vengarse. Refirió a Carlos VIII las divisiones de sus enemigos, cada uno de los cuales seguía su interés particular: Pedro de Médicis el de su orgullo, Alejandro VI el del engrandecimiento de su casa. Le hizo presente las flotas que, completamente dispuestas, tenía en los puertos de Villafranca, Marsella y Génova, cuyos arma-

mentos se perderían: le recordó que había enviado por adelantado a Pedro d'Urfé, su caballerizo mayor, para hacer que tuvieran preparado alojamiento en los palacios de los Spinola y de los Doria. Finalmente, le hizo ver el ridículo y la vergüenza que el renunciar a una empresa con tanta resolución proclamada le valdría, máxime teniendo en cuenta los onerosos tratados de paz que para su ejecución se viera obligado a concertar con Enrique VII, con Maximiliano y con Fernando *el Católico*. El cardenal de la Rovère había tenido buena puntería al tocar en su orgullo a Carlos VIII, pues, venciendo sus vacilaciones, ordenó a su primo el duque de Orleans, que más tarde ocupó el trono con el nombre de Luis XII, que tomara el mando de la flota francesa y se encaminara con ella a Génova, envió órdenes a Antonio de Bessay, barón de Tricastel, para que condujera a Asti los dos mil infantes suizos que había levantado en los cantones, y, finalmente, él mismo salió el día 2 de agosto de 1494 de Vienne del Delfinado, cruzó los Alpes por el monte Ginebra, sin que un solo cuerpo de ejército se opusiera a su paso, y bajó al Piamonte y al Monferrato, que en aquel momento estaban gobernados por dos regentes, pues los soberanos de estos principados, Carlos Juan Amades y Guillermo Juan, contaban seis y ocho años respectivamente.

Las dos regentes salieron al encuentro de Carlos VIII, una en Turín, la otra en Casale, cada una al frente de una numerosa y brillante corte, y cubiertas de joyas y de pedrerías. Carlos VIII, que no ignoraba que, a pesar de esas demostraciones amistosas, ambas habían hecho tratados con su enemigo, Alfonso de Nápoles, las trató con la mayor cortesía, y como le hicieran protestas de su amistad, les rogó que le dieran una prueba de ella prestándole las joyas y pedrerías de que estaban cubiertas. Las dos regentes, viéndose en el caso de obedecer a esta invitación, que equivalía a una orden, se despojaron de sus magníficos collares, anillos y pendientes. El rey de Francia les dió un recibo en el que estaba todo perfectamente detallado, y empeño las alhajas por veinticuatro mil ducados; luego, provisto de esta suma, prosiguió su camino y se dirigió hacia Asti, cuya soberanía conservaba el duque de Orleans, como hemos dicho, y a donde fueron a reunírsele Ludovico *el Moro* y su suegro, el príncipe Hércules de Este,

duque de Ferrara. Iban con ellos las tropas y el dinero prometido, y, además, una corte compuesta de las más hermosas mujeres de Italia.

Dieron comienzo las fiestas, los bailes y los torneos con una magnificencia que sobrepujó a todo cuanto se había visto hasta entonces en Italia. Pero, de pronto, una enfermedad del rey lo interrumpió todo. La enfermedad que Cristóbal Colón trajo del Nuevo Mundo, y que los italianos llamaron mal francés, y los franceses mal italiano, se manifestaba por primera vez en Italia. Lo que hay de probable es que una parte de la tripulación de Cristóbal Colón, que era genovesa, había ya traído de América esa extraña y cruel compensación de sus minas de oro.

Sin embargo, la indisposición del rey no alcanzó la gravedad que en los primeros momentos se temiera. Al cabo de pocas semanas, ya curado, se encaminó hacia Pavía en donde se estaba muriendo el joven duque Galeazzo. El rey de Francia y él eran hijos de dos hermanas de la casa de Saboya; y por consiguiente, primos hermanos. Carlos VIII no podía dispensarse de visitarlo, por lo que fué a verle al castillo en donde habitaba, más bien en calidad de preso que como señor. Lo encontró recostado en un canapé cama, pálido y extenuado por el abuso de las voluptuosidades, según unos, por un veneno lento y mortal, según otros. Pero por muchos deseos que Galeazzo sintiera de quejarse a Carlos VIII, no se atrevió a decirle nada, puesto que su tío Ludovico no se separó un solo momento de ellos. Sin embargo, al ir a levantarse Carlos VIII para salir, abrióse una puerta y apareció en ella una mujer joven, que fué a echarse a los pies del rey: era la esposa del infeliz Juan Galeazzo que venía a suplicar a su primo que nada hiciera contra su padre Alfonso, ni contra su hermano Fernando. El duque de Milán frunció el ceño cuando vió esto, pues no sabía aún la impresión que esta escena produciría en su aliado; sin embargo, pronto se serenó. Carlos VIII había contestado que la gloria de su nombre, así como el interés de su reino, no le permitían retroceder en lo que llevaba avanzado, y que esos motivos eran demasiado importantes para sacrificarlos al sentimiento de piedad que experimentaba, por profundo y real que fuera. La pobre joven, al ver perdidas sus últimas esperanzas, se arrojó entristecida en brazos de su esposo.

Carlos VIII y Ludovico *el Moro* salieron: Juan Galeazzo estaba condenado.

Al día siguiente, el rey de Francia salió para Florencia, acompañado por su aliado; pero, al llegar a Parma, recibió Ludovico la noticia del fallecimiento de su sobrino, viéndose obligado a excusarse ante el rey francés de que le dejara continuar solo su camino; pues los intereses que le llamaban a Milán eran de tal importancia en aquellas circunstancias, que no podía estar alejado de allí un día más. En efecto, se trataba de recoger la sucesión del hombre que había asesinado.

No sin cierta inquietud, prosiguió Carlos VIII su viaje. Habíase conmovido profundamente al ver al joven príncipe moribundo, y en su interior sentía el convencimiento de que moría por mano de su tío Ludovico; no ignoraba que un asesino puede ser un traidor, motivo por el cual avanzaba con alguna inquietud por un país desconocido para él, viendo ante sí un enemigo declarado y dejando detrás un amigo dudoso: comenzaba a entrar en las montañas, y como el ejército únicamente vivía al día, la menor parada forzosa traería consigo el hambre. Ahora bien, se hallaba frente a Fivizzano, Sarzano y Pietra Santa, que se consideraban como fortalezas inexpugnables; además, se encontraba en un país casi estéril, sobre todo en octubre, pues únicamente produce aceite y el trigo se lo proporciona de las provincias vecinas; un ejército entero podía quedar destruído allí por la escasez y la malaria, más aún que por los medios de resistencia que ofrece a cada paso el terreno. La situación era grave, pero nuevamente vino el orgullo de Pedro de Médicis a ayudar a Carlos VIII.

Pedro de Médicis, conforme recordarán nuestros lectores, se había comprometido a cerrar la entrada de la Toscana a los franceses; sin embargo, al ver que su enemigo bajaba los Alpes, menos confiado en sus fuerzas, pidió socorros al papa. Tan pronto como se difundió en la Romaña el rumor de la invasión ultramontana, los Colonna se pronunciaron en favor de Carlos VIII, y reuniendo todas sus fuerzas, se apoderaron de Ostia, en donde aguardaban la flota francesa para ofrecer a sus tropas el paso hacia Roma; entonces, Alejandro VI, en lugar de enviar las tropas a Florencia, vióse precisado a hacer un llamamiento a los

dos sus soldados alrededor de su capital, enviando a decir a Pedro de Médicis que, si Bayaceto atendía su demanda de tropas y se las enviaba, pondría ese ejército a su disposición. Pedro de Médicis no había tomado ninguna resolución todavía ni había formado plan alguno, cuando supo dos noticias terribles. Un vecino celoso, el marqués de Tordinovo, no tuvo inconveniente en indicar a los franceses el lado débil de Fivizzano, de suerte que éstos penetraron en la ciudad pasando a cuchillo tanto a la guarnición como al vecindario; por otra parte, Gilberto de Montpensier, que estaba de descubierta a orillas del mar para proteger las comunicaciones del ejército francés con su flota, había encontrado un destacamento que Pablo Orsini enviaba a Sarzano para reforzar la guarnición, dejándolo completamente deshecho después de una hora de combate. Ni uno solo de los prisioneros se libró de la muerte; todos los que cayeron en su poder fueron exterminados.

Era la primera vez que los italianos, acostumbrados a los combates caballerescos del siglo xv, se encontraban en contacto con los terribles ultramontanos, que, no tan adelantados como ellos en cuanto a civilización, consideraban todavía la guerra como una verdadera lucha mortal. Así, pues, la noticia de esta carnicería produjo gran sensación en Florencia, la ciudad más rica, más comerciante y más artista de Italia. Consideraban a los franceses semejantes a un ejército de aquellos que sólo apagan el fuego con la sangre; y las profecías de Savonarola, al vaticinar la invasión de los ultramontanos y la destrucción que debía seguirla, volvieron a la memoria de todos. Hubo tal efervescencia, que Pedro de Médicis, resuelto a obtener la paz, costase lo que costase, hizo que la República decretase el envío de una embajada al vencedor, y, por su decisión de ponerse él mismo en manos de Carlos VIII, consiguió formar parte de esta embajada. En virtud de esto, salió de Florencia, acompañado por otros cuatro representantes, y, cuando llegó a Pietra Santa, hizo que pidieran al rey francés un salvoconducto para él solo. Al siguiente día de esta petición, Briçonnet y de Pienes fueron en su busca y lo llevaron a la presencia de Carlos VIII.

A pesar de su nombre y de su influencia, Pedro de Médicis, a los ojos de la nobleza francesa, que consideraba

como un deshonor ocuparse en las artes o la industria, no era más que un comerciante rico, con el cual era inútil guardar muy severas atenciones, por cuya razón, Carlos VIII, que lo recibió a caballo, le preguntó con altanería y cual si hablase con un subordinado suyo, de dónde le había venido ese orgullo de querer disputarle el paso por la Toscana. Pedro de Médicis respondió que, con el consentimiento del mismo Luis XI, su padre Lorenzo había firmado un tratado de alianza con Fernando de Nápoles, y que se había visto obligado a obedecer esos compromisos; pero, resuelto a no prolongar su adhesión a la casa de Aragón y llevar la contraria a la de Francia, se sentía dispuesto a hacer todo cuanto Carlos VIII exigiera de él. El rey, que ni siquiera soñaba en que su enemigo se le presentara con tanta humildad, pidió que se le entregara la plaza de Sarzano, a lo que consintió inmediatamente Pedro de Médicis. Entonces, el vencedor, queriendo ver hasta dónde llegaba la deferencia del embajador de la Magnífica República, manifestó que distaba mucho de bastarle aquella concesión y que necesitaba, además, las llaves de Pietra Santa, de Pisa, de Librafatta y de Liorna. No opuso más dificultades Pedro de Médicis en la entrega de estas plazas de las que opusiera en la de Sarzano, consintiendo en ello con la única salvedad de la palabra que le dió Carlos VIII de entregarle dichas ciudades tan pronto como hubiese conquistado Nápoles.

Finalmente, viendo el rey la facilidad de tratar con el representante que le habían enviado, exigió, como última condición, con el carácter de *sine qua non* para otorgar su real protección, que la Magnífica República le prestara la cantidad de doscientos mil florines. Pedro de Médicis, que con la misma facilidad disponía del tesoro que de las fortalezas, respondió que sus conciudadanos se considerarían felicísimos de poder prestar ese servicio a su nuevo aliado. El rey de Francia le hizo entonces montar a caballo y le ordenó que marchara delante de él, a fin de comenzar la ejecución de sus promesas con la entrega de las cuatro plazas fuertes que había exigido. Obedeció Pedro de Médicis, y el ejército del rey francés, guiado por el hijo de Lorenzo *el Magnífico*, prosiguió su marcha triunfal a través de la Toscana.

Cuando llegaron a Lucca, Pedro de Médicis se enteró

de la terrible fermentación que las concesiones hechas a Carlos VIII habían producido en Florencia. Todo lo que la Magnífica República había creído que el rey de Francia exigiría era simplemente el paso por su territorio; el descontento era, pues, general, y vino a aumentarlo el regreso de los otros embajadores, a los cuales ni siquiera había consultado Pedro de Médicis para obrar como lo hizo. En cuanto a éste, juzgando necesario su regreso, solicitó de Carlos VIII su consentimiento para regresar a la capital. Como había cumplido sus compromisos, menos el del préstamo, y éste únicamente podía ser negociado en Florencia, el rey no vió en ello ningún inconveniente, y, la misma tarde en que se había separado del ejército francés, Pedro regresó de incógnito a su palacio de la Vía Larga.

El día siguiente, Pedro quiso presentarse ante la *Señoría*, pero, cuando llegó a la plaza del Palacio Viejo, vió que salía a su encuentro el gonfaloniero Jacobo de Nerli, el cual le significó la inutilidad de proseguir su camino, mostrándole al mismo tiempo a Lucas Corsini, que, con la espada en la mano y acompañado de varios guardias, permanecía de pie en la puerta con orden de impedirle el paso. Pedro de Médicis, asombrado de semejante oposición, que por primera vez veía, ni siquiera intentó combatirla; y retirándose a su casa, escribió a Pablo Orsini, su cuñado, que viniera a buscarlo con sus gentes de armas. Para desgracia suya, la carta fué interceptada. La *Señoría*, viendo en ella una tentativa de rebelión, llamó en su ayuda a los ciudadanos, los cuales se armaron a toda prisa y fueron a reunirse en la plaza del Palacio. Entretanto, el cardenal Juan de Médicis había montado a caballo, y, convencido de que Orsini le prestaría su apoyo, recorría las calles de Florencia, acompañado por sus servidores y lanzando su grito de guerra: ¡Palle! ¡Palle! Pero los tiempos habían cambiado; aquel grito no encontraba eco, y al llegar el cardenal a la calle de los Calzaioli, respondieron tales murmullos a su grito, que comprendió que en vez de intentar la sublevación de Florencia, lo más acertado era abandonar la ciudad antes de que la fermentación llegase más lejos. Se retiró inmediatamente a su palacio, con la esperanza de encontrar allí a sus hermanos Pedro y Julián. Pero éstos, bajo la protección de Orsini y sus soldados acababan de huir por la puerta de San Gallo. Ante

la inminencia del peligro, Juan quiso seguir el ejemplo de sus dos hermanos, pero por dondequiera que pasaba era acogido con clamores cada vez más amenazadores.

Finalmente, al ver que el peligro aumentaba por momentos, echó pie a tierra, y entró en una casa que estaba abierta. Por fortuna, el edificio comunicaba con un convento de franciscanos; uno de los frailes prestó su hábito al fugitivo que logró de este modo salir de Florencia y reunirse con sus hermanos en los Apeninos.

Aquel mismo día quedaron declarados los Médicis traidores y rebeldes, y se enviaron embajadores al rey de Francia. En Pisa lo encontraron, en donde acababa de libertar a la ciudad del yugo que sobre ella habían ejercido los florentinos por espacio de ochenta y siete años; por toda respuesta dijo a los mensajeros que iba a encaminarse a Florencia.

Como fácilmente se comprende, semejante contestación asustó a la Magnífica República. Florencia no tenía ni tiempo para preparar su defensa, ni contaba con medios para defenderse. Sin embargo, cada casa poderosa reunió a su alrededor a sus servidores y a sus vasallos, y, habiéndolos armado, esperó no con intención de romper las hostilidades, pero sí con el propósito de defenderse en el caso de ser atacados por los franceses. Se convino que si alguna cosa hacía necesario acudir a las armas, las campanas de las diferentes iglesias de la ciudad darían la señal para todos tocando a rebato. Esta resolución era quizás más terrible en Florencia que en cualquiera otra población. Los palacios que de aquella época se conservan son hoy todavía verdaderas fortalezas, y los eternos combates entre güelfos y gibelinos habían familiarizado a los toscanos con las guerras callejeras.

El día 17 de noviembre por la tarde se presentó Carlos VIII en la puerta de San Friano. Allí le esperaba reunida la nobleza florentina ataviada con sus mejores vestiduras, acompañada por el clero, que cantaba himnos, y por el pueblo, que, amante de los cambios, esperaba obtener algún retorno de libertad por la caída de los Médicis. El rey de Francia se detuvo un momento bajo una especie de dosel dorado que habían dispuesto para él, y respondió con unas cuantas palabras evasivas a las frases de bienvenida que le dirigió la *Señoría*; después pidió su lanza,